



# También nosotros fuimos extranjeros

Carta pastoral a los fieles de la Diócesis de Búfalo  
Monseñor Michael W. Fisher, Obispo

## Queridos Hermanos y Hermanas,

Hay pocos pasajes en el Nuevo Testamento que nos hablen con tanta claridad sobre las condiciones necesarias para ser verdaderos discípulos de Jesús como este del evangelio de san Mateo. Con palabras que incluso un niño podría comprender, Jesús explica qué significa ser un seguidor fiel y cuál es la recompensa que espera a quienes se preocupan por el bien de los demás. Cuando mostramos amor y cuidado por los más vulnerables, cuando tenemos compasión por los descartados de la sociedad, estamos sirviendo al mismo Cristo.

Hace poco he regresado de la reunión anual de otoño de la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos (USCCB). Siento en el corazón la importancia de compartir con ustedes, católicos de nuestra diócesis y también con toda nuestra comunidad, una reflexión personal sobre el Mensaje Especial de los obispos acerca del tema de “acoger al forastero”, un tema que sigue provocando fuertes debates políticos y que con frecuencia es manipulado y distorsionado con fines partidistas.

Es la primera vez en unos doce años que los obispos católicos de los Estados Unidos emiten un “Mensaje Especial”: se trata de una comunicación oficial extraordinaria, publicada en el contexto de una asamblea plenaria y aprobada con el apoyo de al menos dos tercios de los obispos presentes.

Este reciente Mensaje Especial sobre el tema de la inmigración condena “las deportaciones masivas indiscriminadas” y “la retórica deshumanizante y la violencia” contra los inmigrantes. Al mismo tiempo, afirmamos con claridad que también es inaceptable la condena generalizada de los agentes de la ley que actúan, dentro de su debida autoridad, para hacer cumplir las leyes migratorias de nuestro país.

“Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, era forastero y me acogisteis, estaba desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y acudisteis a mí. (...) Os aseguro que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis”.

(Mateo 25: 34-36, 39)

Como obispos, exhortamos a las naciones del mundo –siguiendo la larga tradición de la doctrina social de la Iglesia– a reconocer la dignidad fundamental de toda persona, y de manera particular de los inmigrantes, afirmando al mismo tiempo que *“la dignidad humana y la seguridad nacional no están en conflicto. Ambas son posibles cuando las personas de buena voluntad trabajan juntas.”*

Inmediatamente después de nuestra reunión nacional, el 13 de noviembre, mis hermanos obispos del estado de Nueva York y yo publicamos nuestra propia declaración clara y contundente, titulada: **“Porque también ustedes fueron extranjeros...”**, dedicada a la memoria de santa Francisca Javier Cabrini, ella misma inmigrante y fundadora de las Hermanas Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús, quien luchó contra los prejuicios hacia los inmigrantes italianos y organizó obras de caridad para atender a los migrantes en Nueva York a finales de 1800. Además, invitamos a todos los neoyorquinos a firmar la **“Promesa Cabrini”**, para ser “guardianes de la esperanza”, acogiendo al forastero y tratando a cada persona con respeto y dignidad.

Hacemos referencia a la primera exhortación apostólica del papa León XIV, publicada el pasado



mes de octubre y titulada [Dilexi Te](#) (“Te he amado”). El Santo Padre nos recuerda la larga historia de la Iglesia en la que se nos pide dar una clara preferencia por los pobres y mostrar compasión hacia los inmigrantes. El Santo Padre afirma que *“La Iglesia, como madre, camina con los que caminan. Donde el mundo ve una amenaza, ella ve hijos; donde se levantan muros, ella construye puentes. Sabe que el anuncio del Evangelio sólo es creíble cuando se traduce en gestos de cercanía y de acogida; y que en cada migrante rechazado, es Cristo mismo quien llama a las puertas de la comunidad”*.

Los obispos no nos hacemos ilusiones sobre la complejidad que implica una reforma del sistema migratorio de nuestro país, algo que se ha discutido, pero se ha ido aplazando durante décadas por parte de líderes de ambos partidos políticos. También aceptamos y reconocemos plenamente que nuestro gobierno tiene el deber de asegurar sus fronteras y garantizar que los inmigrantes entren en nuestro país de manera legal. Sin embargo, la exigencia de actuar con caridad tanto con el amigo como con el extranjero tiene prioridad sobre cualquier otro imperativo. Esta obligación de demostrar empatía y cuidado por quienes buscan refugio en nuestro país *“no se limita al estatus legal ni al país de origen”*.

Recordando el mandamiento central de Cristo de amar al prójimo como a nosotros mismos, insistimos en que la aplicación de las leyes migratorias *“debe llevarse a cabo de manera humana, que no tenga como objetivo a quienes trabajan duro y*

*cumplen la ley; que no permita la separación indiscriminada e innecesaria de las familias; y que no se base en campañas de miedo que paralizan comunidades enteras”*. Una verdadera reforma migratoria debe ofrecer caminos de perdón para quienes entraron a nuestro país sin el estatus legal adecuado, pero *“han demostrado, con el tiempo, su aporte y su lealtad a nuestra nación”*.

Lo que durante tanto tiempo ha sido el orgullo y el lema de nuestro país –“de muchos, uno” (*e pluribus unum*)– debe orientar hoy nuestras actitudes, nuestras palabras y nuestras acciones hacia los inmigrantes. La Doctrina Social de la Iglesia parte de la convicción de que toda persona, sin importar su nacionalidad o su situación migratoria, posee una dignidad inviolable y unos derechos fundamentales, tal como se expresa en la encíclica fundacional del papa León XIII, [Rerum Novarum](#) (1891).

Todos los papas, desde entonces, han retomado esta enseñanza básica sobre los derechos de la clase trabajadora, que también afirma el derecho de las personas a migrar, especialmente cuando se les priva de la dignidad de acceder a lo más necesario para vivir: alimento, trabajo, seguridad y los medios para sostenerse y construir un futuro para sus hijos. *“Porque nadie cambiaría su propia patria por una tierra extranjera, si en la suya encontrara los medios para llevar una vida digna y feliz”*.

En su encíclica de 1952, [Exsul Familia Nazarethana](#), el papa Pío XII condenó explícitamente lo que consideraba políticas contradictorias e injustas, que al mismo tiempo restringen el derecho de las personas a migrar y las obligan a

abandonar la seguridad de sus hogares. Atribuyó la explotación de los migrantes a *“los principios del totalitarismo e imperialismo del Estado, como también las doctrinas de un desorbitado nacionalismo”*. Afirmaba que *“por un lado restringen, a su arbitrio, el derecho natural de los hombres a la emigración y la fundación de colonias, por el otro obligan a pueblos salir de otras parte, deportando a los habitantes contra su voluntad y osan criminalmente arrancar a los ciudadanos a su familia, su hogar y su patria”*.

El papa Pío XII presenta el exilio de la Sagrada Familia en Egipto como modelo para todas las familias refugiadas, y recuerda también el deber de la Iglesia de cuidar de los migrantes, cualquiera que sea la razón de su desplazamiento. Deja muy claro que *“nunca ha habido un período en el que la Iglesia no haya actuado en favor de los migrantes, exiliados y refugiados”*. Pío XII advirtió que descuidar las necesidades espirituales y materiales de los migrantes traería consecuencias graves y duraderas, tanto para las personas como para la sociedad.

Se refiere a la Sagrada Familia como un modelo permanente que debe inspirar compasión y solidaridad, recordándole a la Iglesia que cada migrante es un hijo de Dios, digno de respeto, cuidado y amor. Por eso, los católicos estamos llamados a ver a los migrantes no como extraños, sino como verdaderos hermanos y hermanas.

Esta exigencia se vio reforzada por san Juan Pablo II, quien en su [Mensaje para la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado](#) de 1996, sobre los migrantes indocumentados, afirmó: *“Es necesario vigilar ante la aparición de formas de neorracismo o de comportamiento xenófobo, que pretenden hacer de esos hermanos nuestros chivos expiatorios de situaciones locales difíciles.(...) Para el cristiano el emigrante no es simplemente alguien a quien hay que respetar según las normas establecidas por la ley, sino una persona cuya presencia lo interpela y cuyas necesidades se transforman en un compromiso para su responsabilidad”*.

Más recientemente, el papa Francisco lanzó un fuerte llamado de atención y de acción en su encíclica de 2020 [Fratelli tutti](#) (“Hermanos todos”), insistiendo en que todos –personas, comunidades y naciones– tenemos responsabilidad por aquellos que están excluidos o “tirados al borde del camino”. Él deja claro que la estatura moral de una sociedad se mide por cómo trata a los más vulnerables. Francisco critica además una cultura “del descarte” y del “cierre”, marcada por un nacionalismo agresivo, el racismo, la indiferencia hacia los migrantes, el individualismo consumista y una “cultura de los muros” que solo sirve para aislar a las personas y generar miedo frente a quienes percibimos como distintos.

En este nuevo tiempo de Adviento, cuando nuestro corazón y nuestra mente se llenan de la esperanza en Aquel que viene a nosotros disfrazado de niño frágil, venido de lejos, les invito a todos a reflexionar sobre nuestras obligaciones con “el forastero” que vive en medio de nosotros. Recordando que nuestros antepasados también fueron “extranjeros alguna vez”, necesitados de compasión, cuidado y oportunidades, debemos alzar la voz por quienes desean exactamente lo mismo, pero cuyos gritos parecen no contar y cuyos derechos más básicos –incluso como inmigrantes– son tan fríamente ignorados.

Como nación, sabemos en el fondo del corazón que podemos y debemos hacerlo mejor. Como cristianos, estamos llamados a hacerlo.

Su hermano en Cristo,  
  
+ Michael W. Fisher  
Monseñor Michael W. Fisher  
Obispo de Buffalo

